

Estos no lo querían creer y algunos se aventuraron a acercarse con desconfianza, a las trincheras, diciéndoles a los muchachos y a las mujeres que no los engañarían. Los mandaderos de Torreón, que vieron salir a los federales, no les avisaban a los de fuera, y permanecieron ocultos en sus casas.

Por fin, la plebe penetró a la cárcel, que estaba sin guardia, y abrió a los presos, entre los cuales se encontraban muchos criminales, correccionales y algunos presos políticos, entre ellos Manuel Orozco, que desde noviembre de 1910 había sido encarcelado. Este individuo había sido director de "La Hoja Nueva", presidente de un club integrado por Orestes Perea, Mariano López Ortiz, Vicente de las Casas, Severo Briceganga, Vicente Arellano y otros. Orozco salió de allí, sin darse cuenta de lo que se trataba, y fue llevado entre la multitud hasta la plaza "de abril".

Gritos de "Viva Madero", "Muerre Prefirir Díaz", "Viva la Virgen de Guadalupe"; tiros y explosiones se oían por doquiera, y una multitud del pueblo se lanzó por las calles vitoreando a los primeros revoltosos que entraron en Torreón. La multitud iba a las siete de la mañana Torreón estaba invadido por pelados, muchachos, muchachos y revoltosos que no dejaban de gritar desahogado y disparar sus armas al aire.

Todos los revoltosos llevaban sus sombreros literalmente tapizados de estampas de la Virgen de Guadalupe, Cristo, Niños de Atocha, Virgen del Refugio; algunos llevaban montados en pelo, de los encañados en los caballos, con las armas más diversas: carabinas, sables, pistolas, machetes y espadas, y hasta carabinas de salón.

Varios llevaban en las grupas de los caballos, a las mujeres solteras de los arroyos; otros portaban banderas que agitaban frenéticamente en medio de los gritos ensordecedores de la multitud.

En seguida comenzó el saqueo y la matanza de los chinos en la ciudad. Parecía que, desahogados por la resistencia de los federales que habían hecho morir el polvo a cosa de seis mil revoltosos, se daban de sangre, la bebían en viejas inermes, que nada tenían que ver con el sufragio efectivo y la no reelección que traían por bandera.

Non inentables las escenas horribles de la matanza de chinos, de los cuales sacrificaron cobardemente a trescientos tres.

No quedó establecimiento de aquellos que no saquearon.

En la Lavandería Oriental, establecimiento de dos pisos, perfectamente montado, destruyeron las máquinas; abrieron la caja fuerte, y ésta, aunque pesada, fue arrastrada hasta en medio de la calle. De las flamantes máquinas no quedaron sino aquellas que están fijas

en el suelo, pues hasta la bomba de la noria se llevaron.

El Banco Oltio, las lavanderías, los almacenes de abarrotes y ropa, todo cuanto perteneció a los chinos, fue saqueado, destruido o incendiado.

Se veía cometer, con lujo de crueldad que cruzaba los cabellos, los crímenes más atroces.

Los maderistas hacían fuego sobre los pobres chinos, acerbillando los a balazos y espadas, inermes e infortunados los costeros a puñaladas. Del edificio Refugio arrajaron por un balcón la cabeza de un desgraciado, a la multitud, que oír de gozo la recibió en medio de gritos, silbidos, encañadas y demoras.

Por las calles se veían cerdos de desgraciados que iban atados al cuello, heridos, con las ropas tintas en sangre, conducidas entre la soldadesca desenfrenada, que los obligaba a caminar a fuerza de caballos, empujones y culatazos, hacia las orillas de la población, donde los fusilaban sin misericordia. De estos infelices quedaron muchos tirados agonizantes, y los pelados iban a reanarlos a pedradas o puñaladas. Algunos maderistas arrastraron a cabeza de silla a muchos desgraciados.

Del edificio del Correo, un desalmado le echó el caballo encima a un pobre muchachito chino, cuyo cráneo se partió como granada debajo de los casaca del caballo.

Otros se apoderaron de las criaturas, y, llevándolas en alto, cogidas por los pies, las azotaban contra el suelo, rompiéndoles la cabeza. Así murieron muchos. Tampoco se les perdonó a los chinos, muchas de las cuales murieron asesinadas.

Los que padieron escapar de la matanza, fueron a refugiarse desahogados, en grupos o aisladamente, en las casas, en donde los buscaban las familias, con riesgo de ser descubiertas y de correr la misma suerte que los refugiados.

Así se salvaron cosa de doscientos chinos.

Entre las personas que valientemente se expusieron a salvar tanto infeliz, se cuentan:

La señora Sinfonosa R. de Cadena, que salvó a más de veinte chinos; don Joaquín Danini, un oyoa casa se refugiaron siete; una señora americana que valientemente arrebato a las multitudes a un muchacho.

En la Continental Rubber Co., se ocultaron más de treinta.

Y otros nombres que jamás se borrará de la memoria de aquellos infelices, cuyo mayor crimen consistió en ser trabajadores y tener algunos ahorros.

Un señor Escobedo fue muerto por salvar a un chino.

Entre los chinos que sucumbieron en la hecatombe que padecieron, se cuentan el señor Juan Mac, rico propietario y persona prominente entre los suya, casado con una mexicana,

cuya presencia no contuvo a los desalmados asesinos; el gerente de la Lavandería Oriental y algunos que, se decía, eran de estirpe noble en su país. El doctor Lim se salvó milagrosamente.

Entre tanto, el saqueo de los establecimientos comerciales y residencias particulares, siguió en todo su furor.

La gente que inició el saqueo y la matanza de chinos, era del denominado Primer Regimiento de la Laguna, con gente de San Pedro y de los ranchos, cuyos jefes no pudieron imponer orden; pues entraron horas después a la plaza, y amos Sabino Flores, y después (bustos) Perea, protegieron a algunos chinos supervivientes, ya sus soldados y los de los demás cuarteles, habían mabuchado para simplificar la causa de don Francisco L. Madero.

La casa de don Carlos González fue saqueada por completo. Sus oficinas abiertas, las cajas abiertas; robado el dinero, destruidos los libros y los documentos; rotas las puertas y sus cristales; volada por completo de muebles, ropa, papeles, armas, caballo, etc.

Un mes después de estos hechos, la gente de Sabino Flores estaba ocupando esa casa y las habitaciones, recámara y salones de la opulenta mansión, convertidas en estaballerías, con el pavimento cubierto de estiércol y restos de pastura, viéndose, en lo alto del edificio, flotar la bandera de la libertad.

Las pérdidas sufridas por el coronel González, en todas sus propiedades importan mucho más de un millón de pesos.

El saqueo de la casa de Tomás Zertuche, valuada por completo de mercancías, por valor de más de cien mil pesos.

Don Enrique Wolff, americano que tenía máquinas de coser y armas en su tienda, fue robado y después incendiado el edificio. El fuego se propagó en seguida a la librería de don Alfonso Campiell, que también fue completamente destruida por el fuego, después de haber sido robada.

El Modelo, papelería y tabaquería de Agustín Vieteroro y Hno., también fue saqueada en parte.

El Banco de la Laguna fue abierto y algunos cajeros destruidos y robados.

La Agencia del Banco Mercantil de Monterrey, en donde también estaba la Gerencia de la compañía Constructora de Torreón, fue abierta y saqueada, y los libros y papeles destruidos.

La Presidencia Municipal, la cárcel y los juzgados, saqueados y quemados los edificios y archivos.

En el edificio que ocupó la Presidencia estaban también las oficinas de la Tesorería.

El Casino de la Laguna completamente saqueado.

La casa del señor licenciado Salvador Barra Castillón, la zapatería "La Moderna", de un español,

todos los montepíos, el almacén de "El Nuevo Mundo", de un francés; la Jefatura de Armas, la casa del teniente coronel Enrique Sarandana, la del señor don Adolfo N. Rodríguez y muchas tiendas pertenecidas, todas fueron saqueadas. Las importantes casas de comercio "La Suiza" y "Bohemia" y Cia., se salvaron del desastre gracias a los propietarios recibieron a los cabecillas con obsequios de magníficas armas y monturas.

Las calles estaban inundadas por el aguacero de la vispera y, sin embargo, se encontraban Hechas de gente.

Se veían hombres, mujeres y muchachos del pueblo, cargando machetes, pajas de género, cajas de zapatos, tercios de harina, azúcar, libros, botas de montaña, ropa, espejos, pianos, maquetas con plantas; en fin, una confusión indescriptible de cuantos objetos pueda imaginarse, que en todos sentidos, eran llevados; también llevaban con trabajo costales llenos de ropa, sombreros, telas de seda, casimires, zapatos y armas, y no conformes con el botín que la suerte les había deparado, detenían a la gente para arrebatarle lo que del saqueo les sobraba.

Máquinas de coser, de escribir, serigrafías, jarrones, libros, instrumentos, aparatos, mesas, poltronas, confidentes, roperos, etc., etc., formaban un cortejo no interrumpido, que a poco andar se derramaba por los ámbitos de la población, para hundirse en las locales más inundadas. Y cuando los maderistas notaban que la acción devastadora de la plebe, se calmaba un tanto, excitaban al populacho para que se diera prisa y continuara el saqueo.

Y los gritos, los tiros y los golpes, no cesaban. Se oían clarines que tocaban desahogadamente, toques que pretendían ser militares de todas clases, en una confusión horrible. Algunos pánfos fueron a dar a las jefes de las orillas, en algunos de los cuales se tuvo que derribar parte de ellos para dar paso al instrumento; pero muchos objetos fueron llevados a los carretones, que los esperaban en las afueras de la población, para conducirlos a Gómez Palacio, Lerdo, Matamoros y a ranchos circunvecinos; pues desde días antes, se sabía que se permitirían seis horas de saqueo a las fuerzas del Ejército Antirreleccionista o Libertador.

¡Qué vergüenza y qué desesperación causaba ver ultrajados los colores nacionales, por turbas de saqueadores, sin ley y sin conciencia! ¡Cuántos renegaban en esos momentos de ser mexicanos, y cuántas lágrimas svenaban las mejillas de las gentes honradas!

Una Ofensa al Ejército

Millares improvisados

Mayo 17 de 1912.

En respuesta a la interpretación que un grupo de diputados presentó, y que fue favorablemente acogida por la comisión de Guerra que dictaminó, y votada por la Cámara, el Ejecutivo envió a este un oficio suscripto por el señor Ministro de la Guerra, en el que se trata de explicar al fundamento legal en que reposan los nombramientos de jefes del Ejército, hechos con el carácter de honorarios, y que han recaído en personas honorables, ya sus soldados y los de los demás cuarteles, habían mabuchado para simplificar la causa de don Francisco L. Madero.

La casa de don Carlos González fue saqueada por completo. Sus oficinas abiertas, las cajas abiertas; robado el dinero, destruidos los libros y los documentos; rotas las puertas y sus cristales; volada por completo de muebles, ropa, papeles, armas, caballo, etc.

Un mes después de estos hechos, la gente de Sabino Flores estaba ocupando esa casa y las habitaciones, recámara y salones de la opulenta mansión, convertidas en estaballerías, con el pavimento cubierto de estiércol y restos de pastura, viéndose, en lo alto del edificio, flotar la bandera de la libertad.

Las pérdidas sufridas por el coronel González, en todas sus propiedades importan mucho más de un millón de pesos.

El saqueo de la casa de Tomás Zertuche, valuada por completo de mercancías, por valor de más de cien mil pesos.

Don Enrique Wolff, americano que tenía máquinas de coser y armas en su tienda, fue robado y después incendiado el edificio. El fuego se propagó en seguida a la librería de don Alfonso Campiell, que también fue completamente destruida por el fuego, después de haber sido robada.

El Modelo, papelería y tabaquería de Agustín Vieteroro y Hno., también fue saqueada en parte.

El Banco de la Laguna fue abierto y algunos cajeros destruidos y robados.

La Agencia del Banco Mercantil de Monterrey, en donde también estaba la Gerencia de la compañía Constructora de Torreón, fue abierta y saqueada, y los libros y papeles destruidos.

La Presidencia Municipal, la cárcel y los juzgados, saqueados y quemados los edificios y archivos.

En el edificio que ocupó la Presidencia estaban también las oficinas de la Tesorería.

El Casino de la Laguna completamente saqueado.

La casa del señor licenciado Salvador Barra Castillón, la zapatería "La Moderna", de un español,

no es, por cierto, la lógica que resplande en el documento oficial de referencia, y la penuria de razonamientos que en él se advierte es muy comprensible: un militar de carrera no encuentra fáciles argumentos para apoyar nombramientos de zarzuela, que no tienen la menor seriedad, y un hombre digno y honorable no es el mejor defensor del encumbramiento de alguien que, como Villa, trae consigo una desastrosa leyenda como primera página de su hoja de servicios. Como era de esperarse, el señor Ministro de la Guerra, que en el fondo, no puede estar de acuerdo con tan arbitrarias designaciones, combatió fuertemente con la pluma en pró de la conducta del Ejecutivo, y no sería aventurado apostar que nadie lo que piensa ni piensa lo que dice.

De cualquier modo, la sociedad ya protestado contra esos nombramientos honorarios, especialmente contra el último; y el Ejército no puede sentirse halagado con ellos; el del señor Braniff, lo molesta como una ligereza; pero el de Villa debe sufrir como una injuria; el uno es frívolo e imprudente, el otro es ofensivo y vejatorio. Ambos son ilegales.

De aquí también que el señor Ministro de la Guerra alegue, en abono de la causa que sostiene, el hecho de que el señor general Treviño, jefe de la tercera zona militar, para proveer de jefes y oficiales a los cuerpos irregulares auxiliares que ha organizado en el territorio de su jurisdicción, haya expedido una larga serie de nombramientos por el estilo; pues el señor García Peña sabe bien que nunca un error autoriza a cometer otro semejante y que las equivocaciones del subalterno son una poltrona atenuante para la conducta del superior. Sólo una positiva exención de razones atendibles pudo edulcorar en actitud de sostén esa excusa vacilante y falaz.

Por lo demás, el resto del infame oficial es igualmente deslealtad y la presidencia de la Cámara, comprendiendo así, se había apresurado a mandar al esto la comunicación bajo el anónimo trámite de "enterado." Pero la Asamblea, por gran mayoría, rechazó esa resolución, y hubo que reformarla y pasar el asunto al encomiso de una comisión de Guerra y otra de Puntos Constitucionales, que dictaminaron sobre el particular—si dictaminan—entendiéndose al análisis de las razones legales que el Ejecutivo invoca con poca razón y menos seriedad.

De cualquier modo, la sociedad ya protestado contra esos nombramientos honorarios, especialmente contra el último; y el Ejército no puede sentirse halagado con ellos; el del señor Braniff, lo molesta como una ligereza; pero el de Villa debe sufrir como una injuria; el uno es frívolo e imprudente, el otro es ofensivo y vejatorio. Ambos son ilegales.

Puñado de verdades consignadas por el señor Madero

Mayo 17 de 1912.

La vida pública del señor don Francisco L. Madero, viene señalada desde sus principios, por manifestaciones brillantes y vigorosas, que lo hacen ser como el heredero de todos los grandes caracteres que condensan el alma de una raza.

Ahora nos referimos a su intelectualidad de pensador profundo, revelada en su magna obra "La Sucesión Presidencial", y de la cual hemos ya dispendido, en otra ocasión, juicios rectos, independientes y honrados, sobre la personalidad del señor general Díaz.

Arrancamos hoy una breve página de la producción que citamos, y que escribió el señor Madero en forma de estudio filosófico y poético para obtener la Presidencia de que merecidamente disfrutaba.

Estas son las palabras irrevocables del susodicho escritor:

"Me repugna hablar de mi humilde personalidad, y en el curso de este trabajo lo haré sólo cuando sea indispensable; pero, sin embargo, que en este lugar debo hacer una declaración, pues, antes que todo, debo ser leal.

Pertenezco, por nacimiento, a la clase privilegiada; mi familia es de las más numerosas e influyentes en este Estado, y ni yo, ni ninguno de los miembros de mi familia, tenemos el menor motivo de queja contra el general Díaz, ni contra sus ministros, ni contra el actual gobernador del Estado, ni siquiera contra las autoridades locales.

Los múltiples negocios que todos los de mi familia han tenido en los distintos ministerios, en los tribunales de la República, siempre han sido despachados con equidad y justicia.

Esto no ha variado ni después de la campaña electoral de 1905, en la cual yo tomé parte muy activa, afiliado en el partido independiente. Como nunca me ha gustado valarme de convencionalismos, en los artículos que con aquel motivo escribí, atacó la política centralizadora y absolutista del general Díaz.

También hay un choque brusco entre lo que nos dice el ex-candidato, sobre la equidad y la justicia de que fue objeto su familia y lo que siento no ha mucho yo hermano de la familia Madero, asegurando que la familia Madero sufrí cruelmente perseguida en sus intereses por la honrada y la moralidad.

Del reconocimiento para el general Díaz porque no se lo hostilizó en su campaña electoral, ya pasó a la historia y bueno es ya no hablar de él.

Hoy debe tener el señor Madero una gratitud más viva para el tirano: de haberle dejado el puesto, si bien con el ánimo de salvar a su Patria de la anarquía y de la invasión que, felizmente, vemos muy remotas para México.

Hay más; cuando estaba más acañada la prisión, porque no ésta, sino las causas que llevan allí, son las que manaban, no por eso dejó de agradecer que se me hiciera justicia en aquel caso.

Por lo expuesto, ningún odio personal, ni de familia, ni de partido, me guía a escribir este libro.

Por lo particular, estimo al general Díaz, y no puedo menos de considerar con respeto al hombre que fue de los que más se distinguieron en la defensa del suelo patrio, y que después de disfrutar por más de treinta años el más absoluto de los poderes, haya usado de él con tanta moderación; acontecimiento de los que muy pocas registra la historia. Pero esa alta estimación, ese respeto, no me impedirán hablar alto y claro, y precisamente porque tengo tan elevado concepto de él, creo que estimaré mi vida sinceridad, más que las galantes adulaciones, que quizá ya lo tengan hastiado."

La crítica sana, que no han de hacerla por cierto las plumas honradas, no de dolerse en un porvenir muy inmediato, de las contradicciones fundamentales en que ha incurrido el autor, al apreciar posteriormente la obra política del señor general Díaz, a quien no ha desahogado deturpar en términos bastante corrientes y de mínima elevación, como han resultado siempre los que emanan su literatura oratoria.

También hay un choque brusco entre lo que nos dice el ex-candidato, sobre la equidad y la justicia de que fue objeto su familia y lo que siento no ha mucho yo hermano de la familia Madero, asegurando que la familia Madero sufrí cruelmente perseguida en sus intereses por la honrada y la moralidad.

Del reconocimiento para el general Díaz porque no se lo hostilizó en su campaña electoral, ya pasó a la historia y bueno es ya no hablar de él.

Hoy debe tener el señor Madero una gratitud más viva para el tirano: de haberle dejado el puesto, si bien con el ánimo de salvar a su Patria de la anarquía y de la invasión que, felizmente, vemos muy remotas para México.

Hay más; cuando estaba más acañada la prisión, porque no ésta, sino las causas que llevan allí, son las que manaban, no por eso dejó de agradecer que se me hiciera justicia en aquel caso.

Por lo expuesto, ningún odio personal, ni de familia, ni de partido, me guía a escribir este libro.

Por lo particular, estimo al general Díaz, y no puedo menos de considerar con respeto al hombre que fue de los que más se distinguieron en la defensa del suelo patrio, y que después de disfrutar por más de treinta años el más absoluto de los poderes, haya usado de él con tanta moderación; acontecimiento de los que muy pocas registra la historia. Pero esa alta estimación, ese respeto, no me impedirán hablar alto y claro, y precisamente porque tengo tan elevado concepto de él, creo que estimaré mi vida sinceridad, más que las galantes adulaciones, que quizá ya lo tengan hastiado."

La Sumisión por la Esperanza

Reelecciones Imposibles

(21 de mayo de 1912.)

Las informaciones no escasas de la prensa periódica, los datos recogidos en entrevistas con diversos miembros de la Cámara de Diputados y los otros espigados aquí y allá entre los orrillos afieñados al comentario político, han revelado al público los movimientos de preparación previa a que comienzan a dedicarse los dos grupos en que se encuentra dividida la Asamblea—o sea la mayoría gobernante y la minoría independiente—con el propósito de aprehenderse para la lucha electoral que en los últimos días del mes en curso decidirá de las personas que habrán de integrar—con los representantes del Senado—la Comi-

sión Permanente del Congreso de la Unión, y funcionar en ella desde el día primero de año, en que se clausurará el último período de sesiones de la XXV Legislatura de la Unión, hasta el 16 de septiembre venidero, en que iniciará sus trabajos la XXIV.

El Ejecutivo por su parte, no permanece indiferente ante esas preparativos, y mientras los diputados blancos reúnen sus elementos y los verdes congregan sus fuerzas, el señor Ministro de Fomento, que es, por lo visto, el trait-d'union, entre el Factor y Chapultepec, redobla su afabilidad, cantivadora, dirige cartas y telegramas, convoca a los fieles, vigori-

mente del Congreso de la Unión, y funcionar en ella desde el día primero de año, en que se clausurará el último período de sesiones de la XXV Legislatura de la Unión, hasta el 16 de septiembre venidero, en que iniciará sus trabajos la XXIV.

El Ejecutivo por su parte, no permanece indiferente ante esas preparativos, y mientras los diputados blancos reúnen sus elementos y los verdes congregan sus fuerzas, el señor Ministro de Fomento, que es, por lo visto, el trait-d'union, entre el Factor y Chapultepec, redobla su afabilidad, cantivadora, dirige cartas y telegramas, convoca a los fieles, vigori-

mente del Congreso de la Unión, y funcionar en ella desde el día primero de año, en que se clausurará el último período de sesiones de la XXV Legislatura de la Unión, hasta el 16 de septiembre venidero, en que iniciará sus trabajos la XXIV.

El Ejecutivo por su parte, no permanece indiferente ante esas preparativos, y mientras los diputados blancos reúnen sus elementos y los verdes congregan sus fuerzas, el señor Ministro de Fomento, que es, por lo visto, el trait-d'union, entre el Factor y Chapultepec, redobla su afabilidad, cantivadora, dirige cartas y telegramas, convoca a los fieles, vigori-

mente del Congreso de la Unión, y funcionar en ella desde el día primero de año, en que se clausurará el último período de sesiones de la XXV Legislatura de la Unión, hasta el 16 de septiembre venidero, en que iniciará sus trabajos la XXIV.

El Ejecutivo por su parte, no permanece indiferente ante esas preparativos, y mientras los diputados blancos reúnen sus elementos y los verdes congregan sus fuerzas, el señor Ministro de Fomento, que es, por lo visto, el trait-d'union, entre el Factor y Chapultepec, redobla su afabilidad, cantivadora, dirige cartas y telegramas, convoca a los fieles, vigori-

